

*En Empartar*

# EOS



**Tomo VII    =    Precio: 15 CÉNTIMOS    =    Cuaderno 77**



# Desde Europa

(PRIMERA SERIE)

por José Enrique Rodó

Se ha puesto a la venta un nuevo cuaderno de *Renovación*, conteniendo algunos trabajos escritos desde Europa por el Maestro Rodó, cuyos títulos son los siguientes:

ASPECTOS DE LA CUESTION ROMANA.

PENSANDO EN AMERICA.

Y BIEN, FORMAS DIVINAS..

DIALOGO DE BRONCE Y MARMOL.

NÁPOEES LA ESPAÑOLA.


EL ALTAR DE LA MUERTE.

Publica, además, una apreciación de la labor de Rodó escrita por el conocido publicista colombiano Antonio Gómez Restrepo, y un precioso retrato del recordato literato uruguayo.

El cuaderno está editado por los señores Falcó y Borrásé y se vende a 25 CÉNTIMOS el ejemplar.

Está en prensa, el próximo cuaderno, titulado: DIÁLOGOS SOBRE LA BELLEZA, original del filósofo español Francisco Pi y Margall.

---

 LEA la Revista de Letras OCIOS que editan Falcó y Borrásé. 48 páginas de escogida lectura. Edición nitida impresa en buen papel. Precio: 40 céntimos ejemplar.

Administración:  
7.<sup>a</sup> Avenida, Este, 42  
San José, C. R.

# EOS

Propietarios:  
- Falcó y Borrásé -  
Apartado 638

APUNTES Y RECORTES

## Hacia una nueva moral

### Principios de tolerancia

Desde que el pensamiento humano consiguió, después de la Reforma, darse exacta cuenta de su significación y alcance, en todo el proceso biológico y científico, la pregunta de Pilatos «¿qué es la verdad?» ha tenido dos respuestas fundamentalmente diferentes. Para unos hombres la verdad es algo actual, definitivo, inalterable; revelada unas veces por Dios a los fundadores de los dogmas, la ley inmutable, la «quinta soberanía de Daniel»; adquirida otras veces por el estudio de las leyes físicas, también consideradas eternas, es un orden inalterable que debe ser impuesto por la persuasión o por la violencia y cuya intracción debe ser castigada sin remisión y sin misericordia.

Para otros seres, más comprensivos y más humanos, la verdad completa no es patrimonio de los mortales; es algo que se está formando constantemente, que *deviene*, que hay que estar rectificando todos los días <sup>(1)</sup>. La consecuencia más inmediata es que toda opinión ajena merece respeto, que la libertad es el fundamento de la indagación y que toda conclusión última de una doctrina del saber y de la creencia es una lección de tolerancia.

No cree el hombre (como sujeto activo) la verdad, sino que la halla y reconoce; no es su autor, sino el testigo de

(1) La verdad es definitiva. Dos y dos son cuatro, definitivamente. Lo que no es eternamente cierto, no es ley.

La verdad no *deviene*. Lo que se forma constantemente, lo que hay que rectificar día a día es el *patrimonio* de verdad del hombre.

Si la verdad no existe ¿cómo caminar hacia ella?—E. J. R.

ella. Conocer es adquirir conciencia de la realidad; pero la realidad es inagotable y así la verdad total jamás podrá ser adquirida.

A la pregunta de Pilatos, los dogmáticos contestan que la verdad es la revelación. Más prudentes los libre pensadores responden que la verdad es el deseo de poseerla, unido al conocimiento de lo que actualmente se considera real. Una nueva teoría da una respuesta más ilógica, pero más terminante y peligrosa: la verdad es la fuerza. El individuo o la nación más fuerte impone su criterio; los demás lo acatan. La tolerancia nada tiene que hacer en las doctrinas de Treitschke, de Bernhardt y de von Bülow.

\* \* \*

Cuando estos dos criterios opuestos entran en colisión, el de la violencia y el de la tolerancia, y ello ocurre en el orden individual, el tolerante suele dejar el campo libre a sus adversarios. Cree que el triunfo de la verdad será inevitable y definitivo y que todas las violencias del universo no serán capaces de retardarlo un solo minuto. Las energías cósmicas, que son, después de todo, las de la vida espiritual, arrollarán, con su poder infinito, todas las resistencias que pretendan oponerles las imbecilidades y los egoísmos humanos. Si las ideas que considera verdaderas y justas sufren atropello, busca enseñanzas y ejemplos en la fortaleza socrática, en la resignación cristiana o en el principio de la no resistencia de Tolstoi. El individuo puede sucumbir; pero la verdad queda; y triunfará, tanto más pronto cuanto mayor y más ejemplar haya podido ser el sacrificio de sus propagadores y de sus mártires.

Pero ocurre en la historia que el conflicto se presenta, no entre redentores y fariseos, no entre apóstoles y perseguidores, no entre propagandistas y verdugos, sino entre pueblos civilizados y pueblos de presa. Entonces la doctrina de la no resistencia es funesta. El tolerante no debe agredir; pero viene obligado a defenderse. Los pueblos no se renuevan con la facilidad que los individuos, y un atentado a la justicia, a la cultura,

a la civilización, puede retardar el progreso durante siglos y ocasionar la muerte o la desesperación de millones de víctimas. Entonces el justo, el tolerante, el pacífico, se arma y combate con el déspota y el iracundo. Tal ha sido y es la conducta de la noble Inglaterra; tal fué su significación ante todos los imperialismos. Esto y no otra cosa es lo que significa su decidida intervención en la guerra europea.

\* \* \*

Ante la realidad y la brutalidad de los hechos, un nuevo problema se presenta. ¿Cuál debe ser la conducta, en la paz, de los pueblos libres ante la propaganda sistemática de las doctrinas de violencia? Aparentemente, el sistema de libertad y de tolerancia no puede ser discutido, ni menos contradicho. El adversario que, durante décadas, se organiza para la guerra y la dominación, fría, cruel, sistemáticamente, puede enviarnos sus libros, sus artículos comerciales, sus profesores y sus espías. Es libre de realizar su labor aparentemente pacífica. Claro es que él no permite en su territorio la divulgación de las doctrinas de libertad, de igualdad política, de emancipación de los débiles, de antimilitarismo y de pacifismo. Pero nosotros sí; somos tolerantes. No podemos contradecir nuestras teorías metafísicas y ontológicas. No hay para nosotros verdades objetivas ni subjetivas; no hay sino la aplicación constante y desinteresada del yo a la contemplación de la realidad inagotable siempre, y de ella se va formando el conocimiento, que no puede ser definitivo. Se nos impone un hondo respeto a cosas y personas, a las cuales miramos, perpetuamente, identificadas a nosotros en un gran sentimiento religioso, como manifestaciones de lo Absoluto. Nos es imposible estorbar el ajeno pensar, imponer nuestro propio juicio, que puede ser equivocado. Nuestra fe en los destinos humanos es lo bastante firme para no desconfiar de la victoria de lo Verdadero, lo Bueno y lo Bello.

Entretanto, los partidarios de la identificación de lo subjetivo con lo objetivo o bien del yo consigo mismo

( $A=A$ ), los discípulos del bueno de Hegel o del funesto Fichte, se consideran poseedores de la verdad única; preparan silenciosamente su triunfo; pero pagan espías, organizan, se arman y un bello día se arrojan sobre Europa indefensa y exclaman:—«La fuerza es el Derecho; los pactos son papeles mojados. ¡Desdichado el inermel! ¡*Vae victis!*»

Y entonces es llegado el momento de preguntar si, conforme hay un derecho de defensa en la guerra, no lo habrá también en la paz y si las doctrinas de tolerancia no deberán hallar un límite, en el cual los Redentores se bajen de la Cruz y los filósofos arrojen la cicuta y los sabios heterodoxos se salgan de la hoguera para sentir la indignación heroica y cortar la oreja del sayón con la espada de Simón Pedro.

\* \* \*

El respeto en la paz al ajeno pensar debe hallar una justa limitación. Debe ser respetada toda idea; pero sepamos que son ideas; hay que ser tolerante con toda doctrina; pero averigüemos que son doctrinas. La teoría de la fuerza no es una doctrina; la afirmación de la violencia no es una idea: es la aversión a toda idea. Yo puedo respetar a quien sostiene que el mundo lo ha hecho Dios o se ha hecho a sí mismo o subsiste de toda eternidad (las tres perdurables hipótesis); lo que no puedo hacer es guardar consideraciones de género alguno a quien asegura que el mundo debe deshacerse. Debe oírse con acatamiento y aun, si se quiere, con complacencia la teoría de que el origen de la propiedad es el trabajo, o lo es la herencia o la ocupación primitiva; lo que no se debe escuchar con calma es que unos hombres deben sustentar a los otros, porque son los más fuertes. A la violencia es estúpido que se oponga la tolerancia. A quien predica la fuerza bruta no se le debe admitir en el territorio, llámese latino o teutón; sus artículos comerciales deben ser sistemáticamente rechazados; los súbditos identificados con semejantes iniquidades deben ser re-

cluídos en mazmorras, o exiliados a tierras lejanas. Todo menos consentir que, durante un siglo, las doctrinas de violencia se abran camino entre nuestros propios hermanos, que nuestra riqueza se halle en manos de los conculcadores del Derecho y que, llegada la conflagración, los llamados neutrales sean enemigos y sea necesaria una expurgación para sanear nuestras propias filas.

Los pueblos más liberales del planeta, las naciones más tolerantes y más humanas tienen que aprender que no es indiferente que el universo sea demócrata o reaccionario; que no es igual que las gentes sean pacifistas o militaristas, partidarias de la igualdad económica o de la explotación, de la indagación libre o de las afirmaciones impuestas por milagro divino. Toda doctrina que no sea franca y abiertamente tolerante, todo principio político o social que no parta del respeto al pensar ajeno, debe ser perseguido implacable, tenaz, radicalmente. Quien invoca la fuerza que se atenga a la fuerza; quien predica la autoridad que se someta a la autoridad; quien preconiza el odio que se exponga al odio, antes de la guerra y después, en la lucha en los campos y en la relación cotidiana. La intolerancia también es santa cuando se opone a la barbarie.

\* \* \*

Terminada que sea esta horrible y funesta contienda que amenaza con destruir el fruto de la labor de tantas generaciones de pensadores y de obreros, si no es preciso a la evolución humana, tan llena de decepciones y de martirios, que el universo entero pase por una larga etapa de brutalidad y de servidumbre, lo primero que tendrán que hacer todos los pueblos civilizados será renunciar a su tolerancia con las ideas de opresión, de violencia y de retroceso. No son ideas, sino bajos instintos; no son doctrinas, sino impulsos. No sólo habrá que procurar, por todos los medios, que nuestros compatriotas sean liberales, sino que lo sean nuestros vecinos, entendiendo por libertad la ausencia de todo imperativo dogmático y de todo violento criterio. Hay que imponer al

universo el desarme y emancipar a los necesitados; porque allí donde haya millones de hambrientos habrá otros tantos siervos, dispuestos a irrumpir en los territorios más florecientes, para complacer a sus caudillos y saciar sus brutales apetitos a costa del Derecho y la Civilización.

A la intolerancia hay que responder con la intolerancia. Nada debe ser rechazado por la fuerza *nisi vis ipsa*, sino la fuerza misma. Todas las religiones nos pintan a un Dios misericordioso e infinitamente bondadoso que acude a su haz de rayos cuando no se escuchan sus máximas. Júpiter descarga sus preceptos en turbiones centelleantes y Jehováh fulmina su Decálogo en el Sinaí. La verdad también tiene su Empíreo y debe contestar a la violencia en igual decisiva y divina forma. Libertad para todos, menos para aquel que la niega; tolerancia siempre, menos cuando se combate la tolerancia; paz para todos, excepto para aquellos que erigen en principio la lucha. Todos somos hermanos, pero no de las fieras. Nuestros adversarios no son los alemanes, ni los áustriacos, ni los turcos: lo son los enemigos de la tolerancia, de la libertad y del progreso, llámense como quieran y estén donde estén.

\* \* \*

¿Quiere esto decir que se debe volver al sectarismo y considerar como enemigo irreconciliable a quien no piensa como nosotros? De ninguna manera. Precisamente lo que presta su fuerza a las ideas es su carácter de contingentes, de rectificables, de adaptables a toda nueva orientación y toda nueva vida. Caminamos hacia la verdad; no la poseemos; no existe: deviene, no es definitiva: se acerca a lo absoluto y en ello reside su grandeza. Pensar es perdonar; amar es comprender. Cuando al Justo le preguntó el Pretor:—"Dime: ¿qué es la verdad?" Bien le pudo contestar:—"El respeto."

Respeto, hondo, sincero, amoroso, humano; pero a las ideas, no a los instintos; a las doctrinas, no a los impulsos; a la razón, no a la violencia. Conforme al viejo y vulgar aforismo que acaso tuvo origen en labios sagra-



dos, aquel que a hierro mata justo es que caiga y que perezca a hierro <sup>1</sup>.

ANTONIO ZOZAYA

Del nº 21 del Vol. II de *El Marconigrama*

1 ¡El que a hierro mata, que a hierro muera! ¡Triste sentencia! Mientras tengamos que acatarla, podemos estar seguros de que nuestro patrimonio de VERDAD es bien mezquino.

E. J. R.

---

## Algunos datos

tomados de los informes presentados a la Junta de Caridad de San José por el señor Director del Asilo Chapuí, Doctor Federico Carlos Alvarado:

### Año de 1916

Fueron asistidos .....	477 pacientes.
Salieron mejorados .....	147
Murieron .....	57

### Año de 1917

Fueron asistidos .....	526 pacientes.
Salieron mejorados .....	210
Murieron .....	49

*Diagnóstico:* las «psico-neurosis» (manías, melancolías, etc.) dan el mayor contingente.

*Causas:* la herencia en primer término (193 casos en 1917); después, el alcoholismo, etc.

*Oficio de los enfermos:* las cifras más altas corresponden a los enfermos sin oficio propiamente dicho («jornaleros», «oficios domésticos», etc.)

*Estado civil:* siempre los solteros dan el mayor número de locos (311 en 1916, 340 en 1917).—Permítanos el ilustrado Director del Asilo una observación. Mucho más importante y preciso nos parece el dato relativo a la paternidad, que no encontramos en los informes: número de locos padres de familia y número de locos sin hijos.

*Edad:* la mala edad es de los 21 a los 50 años.

E. J. R.

# Ideal y Filosofía

## IV

Sigue A. Rey <sup>1</sup>:


«Pero estas diferencias no deben hacernos olvidar las relaciones estrechas que subsisten entre las ciencias y la filosofía. Ciertamente, la filosofía está obligada a sobrepasar los resultados de las ciencias puras;

*pero no debe sobrepasarlos sino continuándolas y apoyándose constantemente en ellos.*

Si el método científico no puede ya ser seguido con todo su rigor, no es por ello menos necesario acercarse a él siempre lo más posible,

*puesto que no hay fuera de él ni certidumbre ni verdad.*

NADA ES MÁS PELIGROSO QUE EXTRAVIARSE EN UNA VÍA MÍSTICA Y SEGUIR LOS JUEGOS DE NUESTRA POBRE IMAGINACIÓN, ABANDONANDO EL TERRENO SÓLIDO DE LAS CIENCIAS Y DE LA EXPERIENCIA.

 «Y en efecto, todas los grandes sistemas de filosofía que encontramos en la historia, desde Platón hasta Kant, pasando por Aristóteles, Galileo, Descartes, Bacon, Newton, Leibnitz y Spinoza, han sido obra de muy grandes sabios. Han sido emprendidos para responder a necesidades científicas; han sido edificados con los métodos científicos tal como se les conocía entonces y apoyándose siempre en los descubrimientos del momento. Sólo a ellos debemos tener en cuenta; y tenerlos en cuenta es seguir su ejemplo y tomar siempre la ciencia como punto de partida y como guía.

<sup>1</sup> Esta parte no es extracto. Es cita completa y traducción literal. Yo subrayo. — E. J. R.

«Si la filosofía no puede seguir exactamente el método científico, al menos debe apelar tan sólo a la *razón* y a la *libre crítica* y tomar por punto de partida de su reflexión los *resultados establecidos por las ciencias*. Como los grandes pensadores del Renacimiento lo han proclamado—Vanini, Vinci, Galileo, Bacon, Descartes, Pascal—, debe la filosofía rechazar SIEMPRE Y EN TODO <sup>1</sup> el principio de autoridad, que impone pretendidas verdades sin demostrarlas y se dirige a la creencia y no a la razón. Examinará, con las luces naturales de la inteligencia humana, todas las cuestiones, afirmará lo que pueda demostrar, pesará la verosimilitud de lo que solamente es probable, negará y dudará en cuanto al resto. Con esta condición, hará la filosofía obra necesaria y fecunda.

«Entendida de otro modo, no puede ser sino *inútil y, casi siempre, peligrosa*. ¿Quién no ve, particularmente, que fundándola por la sola reflexión sobre sí mismo, se reduce uno de antemano a desarrollar las ideas depositadas por la tradición y por la costumbre? Se cierra de este modo a todo conocimiento nuevo y se pone, hasta cierto punto, fuera de la naturaleza y de la realidad!

«La filosofía no es una ciencia particular, puesto que se aparta netamente de las ciencias, por su objeto, por su método y por el valor de sus resultados. No se la puede llamar ciencia universal, o ciencia de lo absoluto, o ciencia de las ciencias, sino teniendo buen cuidado de mostrar que la palabra ciencia no se toma en su sentido propio. Queda esencialmente como un dominio bien distinto de la ciencia: un conjunto de hipótesis destinadas a responder a las cuestiones planteadas por las ciencias, pero que no pueden resolverse por el método científico.»

1 Subraya el Autor.

(Continuará)

---

Un espíritu reflexivo es el principio de todo bien.

SAN AGUSTIN

# El pecado imperdonable

(FRAGMENTO)

Algunos dicen que esta guerra es una guerra capitalista, de la que son culpables los hombres ricos de todos los países. Pero esto es mentira. Los que lo dicen, no lo prueban. No intentan siquiera demostrarlo. No pueden demostrarlo. Saben muy bien que casi todas las familias acaudaladas de Europa, salvo aquella minoría que se ha dedicado a fabricar armamento, han visto disminuirse sus fortunas, a consecuencia de la guerra, y que todas ellas, hasta los propietarios de fábricas de armas, han dado sus hijos a la guerra, y que la mayoría de estos hijos no han vuelto. Pero si ésta fuese una guerra capitalista, veríamos luchar en campos opuestos a los ricos y a los pobres...

Otros dicen que no pueden interesarse por una guerra en que se disputa meramente si es Inglaterra o Alemania la nación que ha de ejercer la hegemonía del mundo. Pero esto es también falso. Inglaterra es un pueblo insular y pequeño, que no podría, aunque quisiera, aspirar a dominar al mundo; pero que además no ejerce en parte alguna del planeta dominación alguna contra la voluntad de sus hijos. ¿Irlanda? Está reunida en Convención para decidir de sus destinos como quiera. ¿Las colonias? Son libres, autónomas, soberanas; Inglaterra no les impone funcionarios, les abre libremente sus mercados, sin gravar sus productos con derechos de aduanas: ellas se los imponen a los productos británicos. ¿Los dominios tropicales de la Corona inglesa? Inglaterra está en ellos para proteger a los indígenas, y su dominio es tan escasamente coercitivo, que a la hora actual no ha impuesto a ninguno de sus hijos la obligación de defenderla con las armas. Los millones de hombres de las colonias y de Irlanda que la están defendiendo en esta guerra, lo hacen de propia voluntad y en recluta voluntaria. ¿Dominio económico? Inglaterra era un mercado abierto, sin derechos de aduana, para todos los países del planeta, hasta el día mismo de comenzar la guerra, y su libre-cambio sigue en pie. ¿El dominio del mar? Sólo lo ha empleado en mantener abiertos los caminos del mar a todas las naciones, y al cabo de tres años y medio de guerra, sus marinos pueden vanagloriarse de no haber hundido un solo barco neutral, ni ocasionado la muerte de un solo pacífico.

Otros afirman que los aliados constituyen un peligro imperialista como Alemania. Pero es también mentira. En todos los países hay individuos de aficiones imperialistas. Pero aparte de que no constituyen el Gobierno en ninguno de los países aliados, y en Alemania sí lo constituyen, los aliados no podrían tampoco, aunque quisieran, ejercer de un modo sistemático esa pretendida voluntad de dominación. En primer lugar porque son muchos, plenamente soberanos todos ellos, y con aspiraciones que sólo coinciden en oponerse a la voluntad dominadora de Alemania; pero, además, porque los poderes máximos de los países aliados, el llamado Imperio Británico (porque, en rigor, no hay tal Imperio), el Japón y los Estados Unidos, se hallan asentados en tierras alejadas del centro dinámico del mundo. Y así como cuando el mundo conocido se reducía a las orillas del Mar Mediterráneo, sólo la nación que ocupaba el centro dinámico del mundo—y fué entonces Roma—pudo establecer su Imperio Universal, así también ahora sólo podrá establecer una supremacía absoluta sobre todas las otras, si es que la humanidad está llamada a padecer esta catástrofe y esta degradación, la nación poderosa que ocupe el centro de los continentes más poblados.

Otros dicen que no hay peligro de nuevas expansiones teutónicas, porque el pueblo alemán ha quedado escarmentado en esta guerra. No es verdad; no está escarmentado; pero si fuera cierto, no le habrían escarmentado los que tal cosa repiten, sino los que han luchado contra su ambición inmoderada.

Otros dicen... Pero no quiero seguir tratando como si fuesen teorías legítimas a excusas engendradas en mentira. Lo que se puede decir, con toda licitud, es que hay pueblos, como hay individuos, que se sienten demasiado débiles para arriesgar su existencia precaria en un conflicto que exige fortaleza al que quiera intervenir en él con eficacia. Y lo que también es perdonable, por lo mismo que difícilmente se confiesa en público, es que la vida es dulce, cómoda la neutralidad, y demasiado penoso el sacrificio que la conciencia pide. Ni aun creo necesario que la confesión sea pública. Al hombre que se diga, al tiempo de hacer sus oraciones: "Señor, ¡soy cobarde!" le perdonará Dios, porque ya lleva su castigo en esa exclamación. Al que Dios no le perdonará será al que se invente teorías ayunas de verdad para justificar su neutralidad en esta guerra.

\* \* \*

El incidente puede encontrarse en el Evangelio según San Marcos (Capítulo 3) y en el Evangelio según San Lucas (Capítulo 2), pero el Evangelio que con mayor amplitud desarrolla la tremenda lección que contiene, es el de San Mateo (Capítulo 12). Y dice así: "Entonces fué traído a él un endemoniado, ciego y mudo, y le sanó; de tal manera que el ciego y mudo hablaba y veía. Y todas

las gentes estaban atónitas, y decían: "¿Será éste aquel hijo de David? Mas los Fariseos, oyéndolo, decían: Este no echa fuera los demonios, sino por Beelzebub, príncipe de los demonios." (Vers. 22, 23 y 24.)

Los Fariseos no querían seguir la doctrina de quien les inducía a sentirse mucho menos contentos de sí mismos de lo que ellos pensaban. Ello estaba mal, pero no era lo peor. Los Fariseos no querían creer en el origen divino del milagro que se acababa de realizar ante sus ojos. Ello estaba peor, pero no era todavía lo pésimo. Lo pésimo es que inventaron una teoría, sin fundamento alguno, al solo objeto de halagarse los prejuicios: "Este no echa fuera los demonios, sino por Beelzebub, príncipe de los demonios."

Jesús refuta fácilmente la falsa teoría: "Todo reino dividido contra sí mismo, es desolado; y toda ciudad o casa dividida contra sí misma, no permanecerá. Y si Satanás echa fuera a Satanás, contra sí mismo está dividido; ¿Cómo, pues, permanecerá su reino?" (Vers. 25 y 26.) Así continúa Jesús demostrando la inanidad de la mentira que los Fariseos habían inventado, y cuando nada de ella queda en pie, parece como si se diera cuenta de que se halla ante el más grave de los pecados que los hombres pueden cometer, y entonces salen de sus labios misericordiosos palabras implacables: "El que no está conmigo, está contra mí; y el que conmigo no recoge, derrama. Por tanto os digo: Todo pecado será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada a los hombres. Y cualquiera que hablare contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; mas cualquiera que hablare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este mundo ni en el venidero." (Vers. 30, 31 y 32.)

Y para realzar la importancia de las palabras y de las teorías que expresen las palabras, añade:

"¡Generación de víboras! ¿Cómo podéis hablar bien siendo malos? Porque de la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca cosas buenas; y el hombre malo, del mal tesoro saca cosas malas. Mas yo os digo, que toda palabra ociosa que hablaren los hombres, de ella darán cuenta en el día del Juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás perdonado." (Vers. 34, 35, 36 y 37.)

El pecado contra el Espíritu Santo, que no nos será perdonado ni en este mundo ni en el otro, consiste en inventar y propalar supuestos infundados y teorías sin base, al solo objeto de apoyarnos en ellos para justificar nuestra conducta, cuando no podemos justificarla de otro modo.

RAMIRO DE MAEZTU

# La política y los políticos

Piensen hombres de bien que es la política la causa eficiente de todos los males. Las leyes, la justicia, los gobiernos, son, en su concepto, la caja de Pandora, surtidor inagotable de desventuras. Contribuyen a propagar esta idea, hasta hacerla casi de consentimiento universal, la decepción que nos causa a veces la obra de los legisladores y la triste huella que dejan a su paso por el poder muchos hombres en quienes fundábamos esperanzas las más halagüeñas. Todo esto hace nacer en nuestras almas el escepticismo primero; la aversión hacia los hombres públicos después, y, por inducción, el aborrecimiento de la política, con lo cual se ahonda el mal que lamentamos, en vez de remediarlo.

En efecto, no es la política, ni son los políticos los que hacen daño; es la falta de política y la ausencia casi absoluta de políticos. Porque ¿qué es aquella en puridad? No el arte de acercarse al tesoro público y llenar allí la escudilla; no el saber culminar en materia de aplausos y honores, ni mucho menos el hacerse capataces de los pueblos para disponer de los sufragios a su arbitrio. Ella es, por lo contrario, algo excelso. Es una ciencia y es un arte: como ciencia, se basa en la más alta filosofía y en el más puro derecho y sienta los fundamentos incommovibles del Estado; como arte, aplica esos principios trascendentales y produce una obra estética: la legislación o el gobierno de la nación.

Ciencia abstrusa, de difícil inteligencia, que ha ocupado las mentes más poderosas de los tiempos antiguos y modernos; arte incomparable y excelentísimo que exige, no solamente el estudio, sino también todas las luces del genio. Y así como la obra de una estatua perfecta requiere en su autor una inteligencia nutrida en los principios nocionales de la anatomía y un temperamento artístico, del mismo modo para la buena dirección del Estado, es indispensable, la ciencia y el arte de la política. Pero ni la una ni la otra las posee el hombre intuitivamente sino que las adquiere por medio del estudio, de la consagración y de la actividad.

No nacen los hombres de Estado; ellos se hacen. Sabios y artistas a un tiempo mismo, deben reunir en sí las más variadas condiciones y constituir una amalgama de cualidades las más diversas que sólo

se obtienen recogiendo la ciencia de los labios de los filósofos y de los juristas; destilándola de las doctrinas de quienes pudiéramos llamar políticos especulativos y deduciendo las reglas del arte del atento estudio de la historia y de la observación del corazón humano.

Todo aquello que signifique dirección, implica conocimientos adecuados. Para dirigir una escuela, una máquina y hasta un caballo, con acierto, necesitanse algún estudio y alguna práctica; y hay sin embargo quienes piensan que para disponer de la suerte de un país, para guiar una porción de la humanidad, basta el instinto. Esta creencia insensata ha llegado entre nosotros a su colmo. No es raro ver los méritos de todas clases, y aun a veces los delitos, recompensados con una representación, con una senaduría o con un ministerio. Título bastante para hacerse acreedor al voto popular es una conversación agradable, una amable sonrisa o al contrario una cara adusta y un carácter temible; para ocupar un ministerio hay quienes creen que es credencial suficiente una fidelidad canina, y no faltan algunos que piensen que la primera magistratura puede servir de recompensa para un médico acertado, para un buen literato, para un músico o para un poeta.

Y llega esto a tal punto, que un niño travieso nos hace pensar inmediatamente en un futuro Presidente. Esto sin contar con los individuos que conocemos, cuya popularidad y cuyo éxito se deben a la maledicencia, a la soberbia, a la calumnia y al irrespeto.

Males muy funestos produce a un país semejante manera de pensar: carencia de base sólida en la suprema administración; confusión y caos en las leyes; contradicciones cotidianas en los hombres y en los partidos; apasionamiento insólito en las luchas políticas y natural depresión de hombres e instituciones. Cuando la discusión desciende de la atmósfera serena de las ideas, sólo la pasión impera, y entonces la fuerza está con el más vehemente o con el más sangriento.

Ningún sistema político o administrativo puede concebir quien carece de las nociones científicas que han de informarlos todos, y los que en tales circunstancias mandan o legislan, dan sus votos como la semilla que el viento arrastra, y hablan; pero de tal manera, que bien pudiera decirseles con Gambetta: «Es lástima que hablen tan alto, porque se oye todo lo que dicen».

Para levantar edificios sólidos hay que echar profundos cimientos; para fundar estados se hacen precisos la voluntad, el ingenio y el saber; sólo con ese cincel han podido los verdaderos estadistas modelar sabias instituciones; con él crearon patria respetable Deak, Cavour, Bismark, y cuantos han dejado tras sí obras perdurables. Quienes de otro modo pretenden gobernar a los hombres no pueden llamarse hombres políticos sino ambiciosos, que convierten la política, según la expresión de un profundo escritor, en «valle poblado de víboras».—R. URDANETA ARBELAEZ.



## R. I. P.

(A propósito del libro «Cinco años en la Corte de Justicia Centroamericana» del Licenciado D. Manuel Castro Ramírez).

Fastuoso fué el bautismo de la Corte de Justicia Centroamericana, y sus padrinos ricos y poderosos. Desgraciadamente, uno de ellos se echó al campo de la guerra civil y, desangrado y empobrecido, perdió su respetabilidad, vino a menos y dejó de contar como valedor de la recién nacida institución, y, el otro, viendo que la criatura se desarrollaba vigorosamente y amenazaba el porvenir de ciertas desmedidas ambiciones internacionales, por la gravedad de su continente, la independencia de sus resoluciones y la confianza creciente que su serena actuación despertaba en todas las naciones de la América española, resolvió, en su conciencia, no sólo abandonar a su ahijada sino borrarla del registro de los vivos y hacerla pasar al de los muertos convenientes a su engrandecimiento y poderío. Afirmación es ésta que sólo podrá sorprender a los que ignoren los hechos cumplidos en una de las cinco repúblicas signatarias del Tratado de Washington, desde la famosa guerra civil que dió en tierra con el gobierno revolucionario de entonces y estableció otro, no menos revolucionario, y la permanente intervención, administrativa y armada, de un poder funesto a todas las naciones de hispanoamérica. Hubiéralo querido este garante moral de la existencia de la Corte, y esta sabia y justa institución habría entrado en la segunda etapa de su vida y mostrado a los pueblos todos de la tierra cómo es fácil transitar por los caminos del derecho cuando los intereses litigiosos de las naciones se ponen en manos de una entidad jurídica tan altamente colocada, que las olas de la intriga y la corrupción no alcancen a salpicarlo siquiera con su espuma. La política extranjera de la nación garante, que, al decir de Mc Cabe, consiste en no tener ninguna, cambió, precisamente, cuando el mundo, encantado con las voces de sirena de un predicador de principios, esperaba el fin de una política intervencionista contraria en absoluto a los principios predicados y, para mengua y escarnio del predicador, violados sin pudor por el mismo que los venía predicando.

Muerta la Corte de Justicia Centroamericana, uno de sus más ilustres presidentes, el Licenciado D. Manuel Castro Ramírez, quiso consignar en páginas magistrales la corta pero fecunda vida de la

institución desaparecida, a fin de que los contemporáneos no la olviden y la posteridad pueda juzgarla.

Si la confianza de los pueblos no acompañó a la Corte en su nacimiento, el desconsuelo con que la han visto desaparecer dice bien claro que las suspicacias habían muerto e irradiaba sobre la institución la esperanza de mejores días para el derecho de las naciones de este continente. Suntuoso fué el bautismo de la Corte, tan suntuoso como pobre y modesto fué su entierro; pero el sentimiento de los pueblos y el epitafio que en la loza de su sepultura ha grabado el inteligente y notable Magistrado señor Castro Ramírez perdurarán, sin duda, y tendrán su resonancia en la Historia.

## QUINTILIANO

---

Las mayorías compactas son el enemigo más peligroso de la libertad y de la verdad.

IBSEN

Las mayorías parlamentarias, por su especial psicología, por las circunstancias que presiden a su elección y por la casi completa irresponsabilidad individual de quienes las componen, están particularmente expuestas a los extravíos de la ceguedad y de la pasión.

El profesor Lowell consigna alarmado la creciente e incondicional subordinación de las mayorías del Parlamento inglés a las sugerencias de los *leaders* de los partidos y denuncia la nueva forma de absolutismo, perfectamente irresponsable, que por este medio puede ejercer un hombre sobre todo el imperio.

CARLOS A. TORRES  
(Colombiano.)

---

## Rectificación nada más

En el artículo *Aclarando* de D. Guillermo Serrano publicado en el n.º 1 de *El Derecho* se nos hace decir:

«Que cuando se examina una ley debe hacerse primero a la luz de la Constitución... hay que examinarla, discutirla, demostrar su iniquidad o su inconveniencia y hacerla abolir o reformar por todos los medios legítimos al alcance del ciudadano: «(Hasta aquí muy bien)» *pero debe obedecerse si ha sido emitida por quien tiene la facultad de hacerlo*».

Y nosotros lo que escribimos fué, como puede verlo quien quiera tomarse la pena de verificar la cita, lo siguiente:

«Cuando se examina una ley debe hacerse primero a la luz de la Constitución... Si es contraria a la Constitución, debe ser atacada resueltamente, sin ambages, sin consideraciones de ninguna clase y denunciarla a los tribunales de justicia para que no la apliquen.»

EREMITA

Administración:  
7.<sup>a</sup> Avenida, Este, 42  
San José, C. R.

# EOS

Propietarios:  
- Falcó y Borrásé -  
Apartado 638

APUNTES Y RECORTES

## King's Empire Day

Discurso de Paul Deschanel, Presidente de la Cámara francesa, en la Sorbona, el 24 de Mayo, aniversario del nacimiento de la Reina Victoria, fiesta del Imperio Británico.

(ABREVIADO)

Existe un pueblo grande por la razón y por la imaginación, grande sobre todo por la voluntad; que después de haber fundado la libertad civil y la libertad política ha llegado a ser el baluarte de la libertad europea; que ha llevado la civilización a través de los mares lejanos, a los pueblos bárbaros, bajo estrellas desconocidas; que con Shakespeare ha penetrado hasta el fondo más íntimo del hombre, renovado la filosofía con Bacon, y encontrado la ley de los mundos con Newton. En las principales ciudades de Francia, en estos mismos momentos, oradores distinguidos hablan del esfuerzo naval, militar, económico, financiero, intelectual, etc., de ese pueblo durante esta guerra. Queremos que en estos momentos, en todos los puntos del globo, todo inglés, todo súbdito del Imperio, sienta que nuestros corazones laten con el suyo. Queremos que todas las familias de duelo nos crean en torno a ellas; queremos que los soldados britanos que duermen su último sueño en nuestra tierra sagrada, sientan pasar sobre su tumba el soplo de nuestra piedad. Al designar al Presidente de la Cámara para estas solemnidades, el comité de organización ha querido asociar a ellas al Parlamento francés; ha querido así colocarlas bajo el patronato de los

más antiguos y de los más fieles amigos que tiene Inglaterra en nuestro país. Hubo un tiempo—ya lejano—allá por los últimos años del siglo XIX, en que Inglaterra y Francia perdían un tiempo precioso en querellas arcaicas. Nosotros sosteníamos la necesidad de una *entente* que en aquel entonces parecía quimérica. En nuestra opinión, la rivalidad entre la patria de Milton y la patria de Corneille; entre la patria de Descartes y la de Locke; entre el país de Harvey y el de Pascal; entre la nación del *Habeas corpus* y la de la *Declaración de los derechos del hombre*; entre el pueblo de la *Magna Carta* y el pueblo que ha salvado la civilización en Poitiers, en Bouvines, en Valmy, era un crimen contra la razón. Para nosotros, esta rivalidad era un anacronismo funesto, y no podía servir sino a fortalecer la potencialidad abusiva de aquellos que en 1871 habían desmembrado a Francia. Por fin, en los albores del siglo XX, el 2 de Mayo de 1903, un Príncipe de espíritu claro, hombre experimentado y de fina prudencia, el Rey Eduardo VII, dijo en la Cámara de Comercio Británica de París estas palabras por entonces nuevas: . . . «*La amistad de ambos países es el objeto de mis constantes preocupaciones. . .*» Venía a nosotros tendiéndonos la mano, no con un designio de hostilidad hacia Alemania, sino con un pensamiento de precaución contra la ambición creciente que ésta ya no disimulaba.

El Emperador Guillermo había dicho el 20 de Junio de 1902 en Aix-la-Chapelle: «*A lo que aspira el genio alemán es al imperio del mundo.*» Al hablar así, era el intérprete de la Alemania toda: poetas, filósofos, historiadores, hombres de Estado, guerreros, economistas, profesores, aun de aquellos que más habían sentido la influencia del genio francés.

En Enero de 1907, al día siguiente de las elecciones al Reichstag, Guillermo II, recordando la frase de Bismarck: *Alemania sabe ir a caballo cuando y hacia donde desea*, dijo: «*No solamente iremos a caballo, sino que derribaremos a nuestro paso y a caballo todos los obstáculos que se nos opusieren! . . .*» En esta ocasión citó los versos

de Kleist: «¿Qué nos importa la regla según la cual se derribe a nuestro enemigo, cuando yace a nuestros pies y con él todos sus estandartes? . . . ¡La regla que logra derribarlo es la más alta de todas!» Y añadía el Emperador: «¡El arte de derribarlo, lo sabemos ya, y ardemos en el deseo de ponerlo en práctica una vez más! . . .»

En Enero de 1909 proclamó ante Alemania toda, su aprobación elogiosa del libro del Jefe de Estado-Mayor, General von Schlieffen: «*El Tratado de Francfort no es más que una tregua.*» Todos los alemanes acariciaban el mismo sueño: *Alemania dominando al mundo.* El país no vivía sino repitiendo las máximas que habían hecho su grandeza y su fuerza. La invasión de Luxemburgo y de Bélgica estaba escrita en el territorio todo, como lo demostró en un discurso memorable M. Georges Leygues, que representa hoy aquí al Gobierno de la República. Sin embargo, ni Inglaterra, ni Francia querían creer en el peligro. Los Ministros ingleses creían que con hacer todo lo posible por mantener la paz evitaban la guerra. La Memoria del Príncipe Lichnowsky ha probado hasta qué punto se hallaban inspirados por sentimientos y propósitos conciliadores hacia Berlín. En 1912, en Londres, pude darme cuenta de cuán lejanas de sus espíritus se hallaban las preocupaciones que nos perseguían.

Es irrisión pretender, como lo hacen los alemanes, que Inglaterra meditase destruirlos. Inglaterra se hallaba entregada íntegra al trabajo, al comercio; gobernada por hombres de los más pacíficos, contaba apenas con un ejército de 150,000 soldados.

Alemania le hizo notar claramente que seguía siendo el país de Federico y de Bismarck, la invasora de Silesia y autora del telegrama de Ems. Correpondió a los métodos de sus Ministros hiriéndola en lo vivo, apuntándole al corazón. Y de ahí a poco iba a sumar a tan horribles recuerdos el asesinato de Miss Edith Cavell.

Entonces se cumplió el prodigio que venimos a glorificar aquí hoy, esta improvisación gigantesca, que exponemos a los siglos venideros, no para que la imiten, pues

milagros semejantes no se repiten—nada se improvisa, menos de todo la guerra, y la falta de preparación se hace sentir siempre en algún lugar,—sino para que la admiren.

De este pueblo marino y comerciante se vieron surgir en multitudes los voluntarios: en la primavera de 1915, 2.400,000; a fines de aquel mismo año, 3.200,000; gracias al espléndido esfuerzo de Lord Kitchener, y luego de Lord Derby, Rector de la Universidad de Liverpool, quien ha logrado dar a su nombre nuevo brillo, y tomando la dirección del impulso militar británico, perpetúa la tradición ilustre de sus antepasados.

El 25 de Mayo de 1916, el Rey Jorge V, en mensaje dirigido a su pueblo, expresaba la satisfacción que le causaba «el admirable patriotismo y la abnegación de que la nación había dado pruebas proporcionando mediante el reclutamiento voluntario, en lo que va de guerra, 5,041,000 hombres.» Y el Rey agregaba: «Este esfuerzo supera a lo que pueblo alguno ha hecho en circunstancias análogas.»

Mas no ha sido eso todo. El Parlamento ha votado el Servicio Obligatorio. Esta es la victoria más grande que un pueblo puede lograr sobre sí mismo—el triunfo del deber y de la conciencia. Y esta victoria es la prenda de la que juntos obtendremos sobre el enemigo.

Las colonias, protectorados y dominios británicos, han rivalizado en ardor con la madre patria. El Canadá ha enviado más de 400,000 hombres; India, 350,000; Australia más de 300,000; Africa del Sur, 60,000; Nueva Zelanda, 86,000; Terranova, 6,000; o sea, en todo, más de 1.200,000 hombres.

Otros oradores, en otras ciudades, describen en estos instantes el estupendo esfuerzo que la industria de nuestros vecinos lleva logrado merced al impulso enérgico de Mr. Lloyd George como Ministro de Municiones, y de sus sucesores. En los comienzos del año de 1916, había 2,500 fábricas que trabajaban por cuenta del Gobierno británico. A fines de 1917, el número de fábricas fué aumentando hasta 5,000, y cada día aumenta más.

Desde el punto de vista financiero, los créditos de guerra votados desde 1914 ascendían, en 31 de Marzo de 1918, a 156,000.000,000 de francos.

Mi eminente colega el Sr. Millerand, Presidente de la *Liga Marítima Francesa*, y mi compañero de Instituto, el Sr. Lacour-Gayet, Profesor en la Escuela superior de guerra y marina y en la Escuela Politécnica, van a volver a narrar ante vosotros, con su alta competencia, las hazañas de la marina británica, sus victorias de Heligolandia, de las Islas Falkland, del Dogger Bank, de Jutlandia, de Cattegat, que el genio del ilustre Rudyard Kipling, aquí presente, ha cantado en versos inmortales, como ha cantado la valentía francesa; y por último, los intrépidos ataques a Zeebrugge y a Ostende, de los cuales uno de nuestros grandes marinos, el Almirante Fournier, ha

dicho: «*El más bello hecho de armas de la historia naval de todos los pueblos y de todos los tiempos.*»

Con estos actos admirables, la marina británica ha realizado en silencio una obra no menos útil. Ha neutralizado la flota del enemigo, impidiéndole su abastecimiento y su comercio, asegurando a las potencias de la *Entente* el transporte de tropas y municiones, además del tráfico comercial. Lleva transportados 17.250,000 hombres, 2.000,000 de caballos, 37,000,000 de toneladas de vituallas para el ejército, 72.000,000 de toneladas de carbón y otros combustibles.

En 1915, los alemanes inauguraron una campaña submarina que duró varios meses; pero poco después se vieron obligados a renunciar a ella, adoptando un plan diferente, el cual entró en vigor en Febrero de 1917. Fué este plan el que vino a poner a los Estados Unidos de una manera definitiva del lado de las potencias de la *Entente*. Cuando, hace más de un año, Alemania proclamó la guerra submarina sin restricciones, anunció que de ahí a poco Inglaterra capitularía; resultando que en vez de la capitulación de Inglaterra, provocó la declaración de guerra de los Estados Unidos. La guerra submarina, que, según los alemanes, debió haber matado de hambre a Inglaterra desde el verano próximo pasado, no logró ni siquiera impedir este año la llegada de los americanos a Francia por cientos de miles. Esto es lo que el Sr. Georges Leygues, Ministro de la Marina, explicó recientemente a la Comisión de Marina de la Cámara, y es asimismo lo que acaba de hacer ver por la primera vez un crítico militar alemán, el Coronel Goedtke.

#### SEÑORAS Y SEÑORES:

Alemania ha unido a Francia y a Inglaterra, no tan sólo en la lucha presente, sino para siempre. Antes de la guerra, había en el campanario de Calais un reloj flamenco. Sobre él hallábanse las figuras de dos caballeros armados de lanzas: Enrique VIII, Rey de Inglaterra, y Francisco I, Rey de Francia. Cada vez que sonaba la hora, cambiaban un bote de lanza—un lanzazo a la una, tres cuando las campanas sonaban las tres, doce a medio día. Un obús alemán ha caído sobre los justadores y ha puesto fin al combate. . . para siempre. Es éste el único obús alemán que ha sido disparado con talento! . . .

Saludo en la persona del señor Embajador de los Estados Unidos, a nuestra querida y gloriosa aliada, la gran República americana. Aclamamos con todo nuestro corazón a sus admirables soldados, valerosos, disciplinados, dispuestos a escuchar los consejos de aquellos que han adquirido la experiencia de esta terrible guerra, soldados escogidos física y moralmente de entre este noble pueblo que, según la expresión de uno de sus hijos, dará hasta su último dólar y hasta la última gota de sangre por una idea. Saludo igualmente en la persona del Señor Embajador de Italia a su patria incomparable, creadora del Derecho y madre de la idea francesa. Hoy hace tres

años que empuña la espada para defender con nosotros el ideal latino. Es una circunstancia de feliz augurio que el aniversario de la entrada en guerra de Italia coincida con la fiesta del Imperio Británico, y que podamos celebrarla al propio tiempo en la montaña santa que amó el Dante. Los combatientes del Marne, de Verdún, de Montdidier, hacen votos fervientes por los intrépidos marineros del Adriático, por los valerosos soldados que en las cimas nevadas del Carso han reavivado la llama heroica de la Ciudad Eterna.

Señores, nos acercamos a la hora suprema. Tenemos a nuestra vista la más espantosa, la más cínica empresa de dominación y de asfixia universal que la tierra haya mirado. Alemania, que ha pisoteado, guiada por sus apetitos, todas las leyes morales, ha hecho que se levante contra ella la mitad del mundo. El crimen engendra el crimen. Después del Tratado Brest-Litovsk, que despedaza a Rusia, el Tratado de Bucarest aplasta a Rumania. Holanda y Suiza, acaban de ser inquietadas. Armenia está exterminada. Por el ejemplo de Ucrania, de Finlandia y de Polonia, se ve claramente cómo respeta Alemania su palabra y las reglas elementales del Derecho Internacional. La última esperanza de los Imperios Centrales es el éxito de la ofensiva occidental. Ahora bien, nuestro ejército, que sobrepasa en heroísmo a todo lo que jamás vieron los hombres, este ejército en que cada soldado vale tanto como un sub-oficial y da el máximo de lo que puede dar un ser humano, este ejército cuyo uniforme azul-horizonte despierta por todas partes la esperanza, exclama: «¡No han pasado, no pasarán!» No pasarán. Y por encima de los gases que se arrastran, vuelan hacia el azur, cada día más numerosas, nuestras escuadrillas aladas. La esperanza del enemigo es vana, y los problemas que suscita la lucha que él desencadenó serán resueltos conforme a Derecho. Nuestros aliados están unánimes en ello. Mr. Lloyd George dijo el 5 de Enero último:

*«Queremos sostener hasta la muerte a la Democracia francesa en sus demandas de revisión de la injusticia cometida en 1871... Esta úlcera ha infestado durante medio siglo la paz europea...»* Tres días más tarde, el Presidente Wilson dijo a su vez en su mensaje al Congreso: «El agravio inferido por Prusia a Francia en Alsacia-Lorena y que ha turbado la paz del mundo durante cincuenta años, deberá ser reparado a fin de que la paz sea asegurada para bien de todos.»

Sí, Alemania ha sellado para siempre la alianza política, militar y económica de todos los pueblos libres. La fraternidad de éstos sobrevivirá a las duras luchas en que se fortalecen. Ella será la base de la futura «Sociedad de Naciones,» ideal de toda alma que aspire a la Justicia. Su indestructible unión fundará la igualdad de derechos entre los Estados civilizados, la independencia de Europa y la tranquilidad del mundo. Los aliados quieren *toda* la guerra, precisamente porque aspiran a *toda* la paz.



## En qué consiste la fuerza superior de los aliados

No se me oculta, al dar a esta crónica un título que es a la vez una pregunta y una afirmación, que puedo excitar la curiosidad en el ánimo de mis lectores, y tal vez hasta provocar en algunos que piensan en la ofensiva alemana una irónica sonrisa. Sin embargo, este ha sido el tema que acabo de desarrollar en las conferencias dadas en provincias en compañía del historiador americano Herbert Gibbons y del profesor inglés Eccles, de Oxford. Dada la impresión que produjeron, me resuelvo a precisar y a justificar nuestras declaraciones en este periódico, *Le Temps*, que las dará a conocer a los lectores de todo el universo.

Gibbons y Eccles dieron a conocer los fines comunes, no de guerra, sino de paz, que persiguen los aliados. Ambos expresaron el sentimiento definido, unánime, de sus compatriotas, de que entre las condiciones de paz, la devolución de Alsacia y Lorena a Francia es una condición *sine qua non*; y que además Francia, que ha sufrido tanto en su propio territorio, que ha derramado una sangre tan generosa y que, por su incomparable energía y su incansable sacrificio, ha destruído el plan de conquista y de hegemonía de Alemania, salvando al mundo, Francia debe ser indemnizada de todas las devastaciones de la invasión y debe ser una vez más colocada en el estado de fuerza que conviene a la nación que la historia ha colocado en Europa como el escudo de la civilización contra el germanismo.

Hago notar estas palabras porque son la expresión del pensamiento que anima particularmente a los ciudadanos de los Estados Unidos. Ya hemos tenido muchas manifestaciones públicas de simpatía, y es de desear que estas declaraciones sean conocidas en todas nuestras campañas y en nuestros talleres por la voz misma de los americanos.

Pero para alcanzar estos fines comunes y realizar este programa de reparación y de garantía, hay que vencer, y vencer de tal manera que la victoria determine el desarme de Alemania.

Podría decir que esta derrota ha sido un hecho desde el Marne, porque así lo quiso el destino. Pero ha habido desde entonces en esta guerra tantas conmovedoras y a menudo desconcertantes peripecias, que vale más creer que la derrota es la resultante de la prolongación misma de la guerra; es decir, de la constancia que los aliados

han tenido para soportar sus reveses y reparar sus errores, y de la voluntad implacable que han conservado para continuar hasta el fin su combate. No deseando ser esclavizados, han comprendido que es necesario vencer, porque tienen los medios para ello.

Lo podían ciertamente, aun antes de entrar en línea los Estados Unidos, porque tenían ya en mano una arma terrible, de una eficacia decisiva, que sabían manejar: me refiero a la soberanía de los mares, asegurando el bloqueo económico de Alemania.

No quiero recordar aquí cómo este bloqueo, en 1914, 1915 y 1916, no obstante sus insuficiencias, ha debilitado la fuerza de Alemania, cerrándole las rutas marítimas, privándola de sus colonias.

Pero la intervención de los Estados Unidos ha dado al bloqueo toda su eficacia. Ahí están los hechos. No obstante el hundimiento deplorable e inesperado de Rusia, que en realidad no es sino un espantoso caos, el bloqueo de Alemania continúa hermético. Los Estados Unidos, que eran la principal fuente de aprovisionamiento de los neutrales, tienen desde hoy a éstos sometidos a su ley.

Alemania, que ha podido resistir con un método de racionamiento enérgico al bloqueo inglés, es ya impotente ante el bloqueo americano.

Debemos esperarnos todavía rudas reacciones de la fuerza militar alemana. Los prusianos feudales, los pangermanistas delirantes, la casta militar, todos los que están atacados de la locura de Júpiter—*quos vult perdere, Jupiter dementat*—irán sin duda hasta el fin de su locura.

Nosotros aliados, opondremos la misma constancia, la misma paciencia, la misma voluntad, la misma fe inquebrantable. Tenemos la seguridad de vencer desde el momento en que comprendemos *que hay que vencer y que podemos vencer*. No es solamente por el número y la fuerza de los combatientes que sabrán obrar militarmente a la hora propicia que señale el Mando Supremo, y así podremos decir a los alemanes:

«Habéis querido la guerra para esclavizarnos, para dominar el mundo en nombre de vuestra pretendida misión de pueblo elegido; habéis empleado para ello la fuerza bárbara que la ciencia ha puesto en vuestras manos. Queremos desarmaros para poder vivir y trabajar en paz; y para desarmaros, tenemos más que la fuerza de nuestras armas y la ciencia de nuestro buen derecho: tenemos el bloqueo económico que continuaremos hasta que capituléis. Queréis crear la *Mitteleuropa* con la esperanza de avasallar a Rusia lo mismo que a Austria y los Balcanes.

»Nosotros, pueblos de Occidente, ribereños del Atlántico, ingleses, franceses, americanos y todos los pueblos libres que se nos unan, haremos una liga económica, *la Nación Central del Atlántico*, que continuará la guerra *el tiempo que sea necesario para que la guerra alemana no vuelva a desencadenarse otra vez.*»

GENERAL MALLETERRE

## La juventud se mueve

Buen síntoma. La juventud se mueve. La fundación de la «Sociedad de estudiantes de Derecho» es su primera manifestación de vida, y *El Derecho*, su órgano. Las aguas estancadas se corrompen. Verdad de a puño. La juventud que ve, oye, calla, otorga o no otorga, pero medra, es como la balanza del diablo. De una juventud así, se dice que se ha *podrido biche*. Contra el influjo del utilitarismo teórico y práctico, de la enseñanza y del ejemplo, reacciona el entusiasmo generoso de su sangre y de su mente. Y miran alto, los estudiantes de Derecho, tan alto, que la más encumbra-da de las cimas de los Andes, apenas sería pedestal bastante a la figura en bronce del objeto de sus miradas. Miran a Bolívar; y en Bolívar-genio, al más alto exponente de las aspiraciones de América, y en Bolívar-hombre, a la más perfecta encarnación del desinterés humano. «No concurre en el Libertador merecimiento más glorioso, si no es la realización heroica de la independencia, que la pasión ferviente con que sintió la natural hermandad de los pueblos hispano-americanos y la inquebrantable fe con que aspiró a dejar consagrada su unidad por una real unidad política» (1). Su genio, sus múltiples talentos, su actividad incansable, su tranquilidad, su cuantiosa fortuna, la obra portentosa de su vida, su vida misma, todo lo ofrendó ante el altar de su patria. Todo por la Patria, fué su norma. Pero no por Caracas, que su Patria fué América desde que las descargas de Ayacucho repercutieron en todas las hondonadas de los Andes, y el *iris de Colombia* reflejó sus colores desde el Potosí a las nieves del polo antártico y fueron a quebrarse

1 Rodó.

en maravillosos prismas en las cataratas del Niágara. Y la juventud estudiosa de Costa Rica hace bien en mirar tan alto. Mirando hacia las alturas del Calvario, la humanidad *progresas padeciendo*. No alcanzará quizá la altura moral fijada por Cristo; pero tratar de alcanzarla es ya un elemento de perfección. Tal vez no volverá a parecer en este continente un hombre de quien pueda decir la historia «que no tuvo iguales ni tendrá imitadores»; pero la juventud que se mueva al influjo de las ideas y del ejemplo del Libertador, abrirá curso fecundo en su país y dejará en los anales de su patria huellas luminosas de su paso por la vida.

La grandeza de las naciones, se ha dicho, y sobretudo, su felicidad, no dependen ni de la extensión del territorio, ni de su numerosa población, ni de su riqueza, ni de su poder militar, sino de la moralidad de sus habitantes. Amor a la justicia, valor para defenderla, independencia de carácter, sumisión a la ley, resistencia incontrastable a las imposiciones de la tiranía, respeto a las creencias, a las ideas y a las costumbres de la comunidad, son las virtudes de una juventud bien nacida; su deber, cultivarlas con esmero, y, al par de ellas, todas las facultades del espíritu. Hacer de las letras una fuerza auxiliar del derecho, y de la lengua un vínculo con todos los pueblos que la hablen, es otro de sus deberes y el medio más eficaz de acercamiento entre ellos. Por esto, la «Sociedad de Estudiantes de Derecho» no debe circunscribir sus trabajos al estudio de puntos concretos de la materia profesional, sino alzar el vuelo, ahondar en la literatura y en la ciencia, y examinar y discutir a la luz de los principios de la filosofía del derecho, de la ciencia de legislar y de la economía política, la obra de nuestros legisladores y de nuestros gobiernos, harto necesitada del contraste de las ideas puras ajenas a toda influencia del momento, siempre perniciosa.

Divisando ya los misteriosos horizontes de la eternidad, volvemos la vista a esta juventud que se levanta,

para decirle: El desinterés, la abnegación, el renunciamiento de sí mismo es la más fulgurante de las virtudes que realzan la figura del Libertador. «*Contra la Patria, no hay nunca razón*<sup>1</sup>». «*La bandera de la Patria, flote en las manos que flotare, es santa*<sup>2</sup>». Quien busque o acepte la intervención ajena en los asuntos de su país, es traidor a la Patria.

QUINTILIANO

## BIBLIOGRAFIA

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.—*La Epopeya de Artigas*.—Historia de los tiempos heroicos de la República Oriental del Uruguay.—Segunda edición corregida y ampliada por el autor.

I. Del mismo, y en su prefacio, son estas palabras: «Falta todavía conocer la impresión que este libro pueda despertar en el resto de la América Española». No sé si antes de ahora llegó por acá dicho libro, pero lo he recibido estos días y, tratando de complacer a su editor don Luis Gili, de Barcelona, haré algo a modo de bibliografía: que no critica, ni siquiera vulgar. Clásica y laudatoria la hicieron, desde su primera edición, muchos sabios, desde Menéndez y Pelayo hasta Unamuno, ilustre humanista, y otros no menos conocidos en Europa y América.

Limpia y elegante impresión—y ésta es la primera mía—en 2 volúmenes, de 20 x 12, con páginas XXXII + 750 el primero, y el segundo, 667. Entiendo que su autor, el gran poeta Zorrilla de San Martín, no llamó «Epopeya» sino a la vida y aventuras del héroe uruguayo General José Artigas; pero de tal poema califican sus críticos esta grande obra de lengua castellana. Modesta es, por demás, su división en veintisiete «Conferencias», o conversaciones, como las llama frecuentemente el autor. . . . Antes fueron tales divisiones rapsodias, libros y cantos, o cantigas, pero todo es uno y lo mismo; todo llama la atención hacia su lectura, donde puede aprenderse lengua castellana y muchas otras cosas no menos grandes.

Y a propósito de lengua, tal importancia da el autor a la naturalmente hablada por cada pueblo, que suele ser gran parte a su separación de mayores regiones a las cuales, por cualquier arbitraje político, antes se hallase adherido. Eso sucedió a la banda oriental del Uruguay de habla castellana y poco territorio, respecto al enorme Brasil portugués. Buena lección, por cierto, del grande hablista y cantor de «Tabaré», para nuestros jóvenes intelectuales de Costa Rica. Si, atendiendo a mi recomendación, leyeran esta reciente obra monumental que trato de describir, hallarian en ella los mejores modelos del idioma patrio como ahora se habla.

II. Dije «monumental», no sólo porque así lo crea, sino también autorizado por mi viejo amigo De Unamuno, quien, recordando a Horacio y sabiendo que «La Epopeya de Artigas» gira en torno de su estatua que había de erigirse en Montevideo, dice del libro: «monumentum aere perennius». Y esto es gran verdad, sin la menor sombra de lisonja; pues por mucho que dure el bronce, cosa material, la obra literaria y el alma que la informa serán, por ventura, más duraderas. Nada, o muy poco

1 Quijano Otero, 2 J. J. Ortiz.

queda, de las grandezas materiales del mundo clásico, y viven inmortales los versos de aquellos poetas, las historias y los discursos de tantos pro-sistas y retóricos que aún nos enseñan a vivir.

No sé decir que sea poético, ni prosaico, el estilo de semejante obra, con todo ser su autor altísimo poeta y orador único. Su lenguaje tan español como de América española, no me parece clásico ni romántico, puro castizo ni modernista con exóticas influencias: es democrático, puro democrático, cual conviene a la expresión de todo pensar y sentir de gentes educadas en estas Américas. El sabio autor aristo se hace popular, y no parece sino que se mete con el vulgo—valga el decir—, y habla llano de pequeñeces, para elevarse luego a las mayores alturas de sus conceptos y expresión, en las llamadas «conferencias» que, a cada paso, resultan cantos o rapsodias.

Esa gran variedad de un libro como éste—tan científico como literario—corresponde, con muy notable exactitud, a su grande asunto: glorificación de la independencia de América española, o americana España, en la persona de su héroe Artigas. Este hombre pueblo presta unidad a tanta acción, que se extiende por todo un mundo de agua y tierras, ora sumergidas, ora saliendo de tal baño, ya como llanos sin horizonte al parecer, ya surgiendo en forma de inaccesible cordillera. Todo eso vive, con vividora agitación y fecundidad enorme, en estas conferencias artísticas en torno, mentalmente, de la futura estatua de Artigas, sobre un cerro eminente de Montevideo.

III. Descrito el gran «teatro» de la acción—más grande todavía—, penetra el sabio vate por la «honda región de las madres», explicando este concepto filosófico del saber antiguo. . . . Y es, por cierto, tal punto uno de los más educadores para una juventud pensante que aspire a enriquecerse de verdades universales. Pero, a poco, llega nuestro autor hasta lo particular del momento, y discute con el agigantado De Unamuno—docto en latín y griego—, sobre si es la ciudad (polis, civitas) quien forma y civiliza la Nación, o si ésta crea la ciudad su cabeza, parte principal, pero siempre parte de su organismo. Modelo en dialéctica se ofrece allí para estudiantes de verdad.

Y parece lo cierto y verdadero, a ese propósito, que don Miguel definiendo miras aristocráticas, y democráticas don Juan. La ciudad (el burgo, «Roma»—que significa «fuerza»—) se impone al vulgo rural y pueblo que quiere decir «derecho». . . . Bien podrá ser que yo no acierte «al respecto». Por eso recomiendo la lectura del libro para que cada lector forme su parecer. Pero afirmo, sin duda alguna, que Zorrilla de San Martín, con todo y sus ideales democráticos, nos ilustra sobre lo que ya sospechábamos sus lectores, a saber: que la Banda Oriental crea su cabeza Montevideo, y que esta ciudad «muy leal y reconquistadora»—como dijo el Rey de España—funda la República del Uruguay.

Hay en esta conferencia «de las madres» un texto de superior elocuencia. El autor se cita a sí mismo, cuando, al cuarto centenario del descubrimiento, «en torno del convento de la Rábida, como en una Tierra Santa,» dijo: «El descubrimiento de América, su conquista, su colonización, fueron un desgarrón de las entrañas de España; por esa herida enorme se derramó su sangre sobre el otro mundo. . . . Hoy hace cuatro siglos, ganó la raza hispánica, pero perdió la nación política de Europa: y lo que ella perdió con nuestra vida, fué nuestra herencia. No seremos nosotros, los americanos, los que le reprochemos la genial locura que nos engendró: la decadencia es gloria en estos casos, como lo es la sangre perdida en las batallas, las cicatrices en el pecho, la santa palidez de la mujer convaleciente después de haber sido madre dolorosa de un hombre, que es también un mundo».

IV. Creo que hay aquí en Costa Rica dos personas que pudieron oír

esas palabras, sin iguales, ni cosa parecida, en los discursos más famosos que conserva la literatura universal. Si uno de esos costarricenses cuenta con presupuesto para ello, bien pudiera pedir a Barcelona unos cuantos ejemplares de esta bibliografiada obra, para que los Profesores de Estado, en ejercicio, la leyesen en sus respectivas escuelas. En ella y con su explicación se aprendería a escribir castellano, mucho mejor que lo hace el de cierta escuela que no recuerdo, ni precisa. La lengua nacional encabeza las asignaturas de toda escuela, primaria o secundaria, según los Planes de Estudio modernos. Descuidar su cultivo parece crimen de lesa pedagogía.

Entre los modelos literarios que nos presenta el gran escritor uruguayo, figuran ciertos retratos de personajes, como en acción: pero ninguno más expresivo que uno de don Gaspar Rodríguez de Francia, tirano del Paraguay (p. 161 de este tomo I de la «Epopeya»). Desde el de Anibal, pintado por Tito Livio al principio de su Tercera Década, no recuerdo de otro tan hecho a macha martillo. Se ha dicho de la sátira, que fustige los vicios y perdone a las personas; pero la del tirano es imperdonable, y la santa indignación que causa, excluye toda misericordia de Dios y de los hombres. Ante la del doctor diabólico, toda pintura me parece borrosa y vaga.

Otro bello punto de estudio se muestra en la rivalidad entre Buenos Aires y Montevideo, que consta en demasiadas páginas para poder citarlas aquí. Se refiere al tiempo de la independencia; pero eso es permanente, natural y humano. La emulación y lucha con la tienda de enfrente, y aun dentro de la misma tienda, convienen «ad majorem gloriam Hominis». De lo más grande a lo más pequeño, luchando se vive y progresa, para conservar uno su posición, y otro para mejorarla. . . . Lo que se nota, y conviene recomendar aquí, es el arte del escritor poeta, para interesar a sus lectores en las cosas más simples, más vulgares, más delante de todos, sin que podamos animarlas.

V. No puedo continuar aquí; pero basta con lo dicho, me parece, para un artículo diáresco y llamar la atención hacia una obra de arte, que merece largo estudio crítico. . . . Y a propósito, con autoridad—que no tengo,—yo le pondría un reparo, y es que resultaría mejor, más fuerte, reducida a la mitad su extensión y suprimidas muchas repeticiones. Y eso se hará, no hay duda, por algún Aristarco de otros tiempos y de otro siglo: porque siglos durará un monumento literario que calificó perfectamente el humanista don Miguel de Unamuno. Ciertamente que hay muchos libros vaciados de golpe en su lengua, como los bronce recordatorios; pero se dan otros, y son los menos, que parece imposible hacerlos de una vez por completo. Son como las catedrales cuya construcción dura siglos, y la generación que vió empezárlas, ignora cuándo ni cómo han de terminar. . . .

Por lo demás y finalmente, veo que esto mío ni siquiera es bibliografía, puesto que no describe todo el libro de que se trata. Pero, si bien se mira, y eso no deja de consolarme, bien podrá verse de cuerpo entero el poema. . . . Su héroe aparece como reflejado en muchos hechos y personajes desde el principio de estas brillantes narraciones, hasta que se presenta en persona con su manifiesto ideal de «independencia», y es «el hombre entre los hombres», es decir, los hombres que aún estaban «pidiendo rey», como en un charco, y el hombre buscando la independencia de su patria y su América, sin Rey ni Reina. . . .

Vuelvo a repetir, pues, mi recomendación del libro que apenas he comenzado a leer, pero que ya estoy al cabo de su reconocido mérito. . . . No es poco, también, el de su autor, sobre tantos otros, el de decir «América Española», como es la verdad de hecho, en vez de la manifiesta ficción de «América latina». De admirar son Italia y Francia,

por infinidad de motivos; pero no quierán imponerse donde ni caben ni lo necesitan.

(19-VI-18).

VAL. F. FERRAZ

De *La Información*.

---

## Bauticemos al vivo, no al muerto

—¿Cómo debe decirse, en fin, América Española, Hispano-América, América Latina, Latino-América?

—Hemos de convenir primero en que no es siempre indiferente en castellano el anteponer o posponer un calificativo. Adjetivo o epíteto que no pueda ser aplicado a TODA la América, no habrá de anteponerse, si se desea dar a la expresión claridad y a la palabra AMÉRICA la importancia que le corresponde. Debemos rechazar, por consiguiente, los nombres de «Hispano-América» y «Latino América», sin que ello obste en nada para denominar hispano-americano o latino-americano a un INDIVIDUO determinado.

Descartada la cuestión del lugar que conviene al calificativo, queda la relativa al calificativo mismo, que es la más importante.

Para decidir cuál es el calificativo justo o siquiera el menos injusto, debemos considerar NO LO QUE AMÉRICA FUÈ O HA SIDO sino lo que es actualmente. Lo que es en cuanto a raza o en cuanto a posición geográfica o en cuanto a lengua o en cuanto a religión, caracteres presentes e indiscutibles. No cabe, para el caso, dar valor a ninguna consideración sobre influencias lejanas de cultura u origen, acerca de las cuales jamás nos pondremos de acuerdo. Nuestro criterio debe ser el positivo de un naturalista.

Hablar de raza en América es sencillamente ridículo. Tome Ud. una familia americana, de Costa Rica o de cualquier otro Estado, y busque el calificativo racial: buscará en vano.—Aquí esta, por ejemplo, mi propia familia. No se maltrate Ud. con la investigación etnológica relativa al tronco, véala como se le presenta hoy: ¡Qué mezcolanza de rasgos y aptitudes—o ineptitudes! Hay morenos, rubios, altos, bajísimos. Unos se dicen costarricenses puros y llevan apellidos españoles (Jiménez, Rojas, Vargas, Murillo, Quesada, Pacheco, Castro, Ulloa, etc.); otros son costarricenses evidentemente mixtos, con sangre francesa (Montagné, Pinaud), alemana (Schisvach, Veit), inglesa (Thompson), catalana (Lloset), anglo-americana (Dooling).

¿Podría Ud. decirme de qué raza es mi gente? No lo podrá, así desvíe cuanto guste la palabra raza de su significado preciso.



Tampoco nos servirá la geografía para encontrar el calificativo general de la América nuestra. De ella son México y el Canadá francés, situados ambos en la América del Norte. ¿Habrá algo de más antigéografico que llamar «sud-americano» a un mexicano?

Pasemos a la lengua. Las lenguas predominantes en la América nuestra son el español, el portugués y el francés. Por pequeña que le parezca la parte correspondiente a alguna de ellas, no puede Ud. despreciarla. En una nomenclatura científica son desechados los nombres que no convienen a TODOS los componentes del grupo. Tenemos, pues, que buscar una palabra que comprenda el español, el portugués y el francés. Esta palabra, calificativo general de las lenguas nuestras es: LATINA. El español, el portugués y el francés son lenguas llamadas latinas. Por lo que a la lengua se refiere, hay, por lo dicho, una AMÉRICA LATINA, como hay una América Inglesa, y esta América Latina comprende: el Canadá francés, México y los Estados que siguen hacia el Sur.

Por último, consideremos el asunto desde el punto de vista de la religión—mucho más importante de lo que pudiera pensarse de primer momento. Tomada en conjunto, América es cristiana. Ahora bien, la cristiandad se divide en: cristiandad latina o católica romana (cuya sede pontificia está en Roma), cristiandad griega y cristiandad teutónica. Discusiones no las hay sino acerca de esta última denominación. ¿Y cuál es principalmente la América latina por su religión? La misma que lo es por su lengua.

Concluamos: AMERICA LATINA es el nombre más propio para designar globalmente el Canadá francés, México, la América Central y la Meridional.

\* \* \*

—¿Cómo debe decirse: «sur americano» o «sud americano»?

—Esta vez, estoy con el Dr. Ferraz, contra don Miguel de Unamuno. Por prosodia y—razón mayor—por propiedad, es preferible decir sud-americano.

La partícula *sur* en composición de palabra, equivale a *sobre*, en las lenguas latinas en que es usada. Mañana podrá serlo en castellano: no falta quien diga ya, v. gr., *surmontado* por rematado o dominado.

El nombre propio del punto cardinal es SUD, en castellano, en francés, en italiano. No es solamente preferible, es lo recto decir sud-americano, como se dice sud-este y sud-oeste.

E. J. R.

Bolívar sobrepasó a Alejandro, a Aníbal y a César, si se consideran las inmensas dificultades que tuvo que vencer. Como militar, igualó a Carlos XII en audacia, y a Federico II en constancia y pericia. Sus marchas fueron más largas que las de Gengís Khan y Tamerlán.

Clayton (*History of Simón Bolívar, Liberator of South-America, Londres, 1876*).

Bolívar es el héroe más sublime de las Américas.

KENNETH MORRIS (1912)

Cuando uno contempla la figura de Bolívar, sorprende el perpetuo aislamiento moral de aquel hombre, sin nexos que lo ligan a persona alguna.

F. LORAIN PETRE

---

## ¡Cómo progresamos!

*Irene*, a fuerza de gastos, se traslada a Epidauró. Va a consultar a Esculapio, padre de la medicina, acerca de sus achaques.

—El cansancio y la fatiga me agobian, dice.

—Vienes de lejos, el camino ha sido largo: repósate.

—Me falta el apetito en la tarde.

—Almuerza menos.

—Padezco de insomnios.

—No duermas de día.

—El vino me hace daño.

—No lo bebas; bebe agua pura.

—Padezco indigestiones.

—Come menos; ponte a dieta.

—Mi vista se debilita.

—Usa anteojos.

—Me siento débil, menos fuerte y sana que antes.

—Observa que vas envejeciendo.

—¿Y cómo podré curarme de esta languidez?

—Muriéndote, como tu madre y tu abuela.

—Hijo de Apolo—grita Irene. ¿No tienes otros remedios que aconsejarme? A eso se reduce toda tu ciencia tan ponderada por los hombres y por la cual te venera el mundo entero? ¿Qué hay en ella de raro y misterioso? ya conocía yo todos esos remedios que me propones.

—¿Por qué no te los aplicaste sin consultarme? Te hubieras ahorrado este penoso viaje que acortará tu vida.

LA BRUYÈRE